

LA VETERINARIA ESPAÑOLA.

REVISTA PROFESIONAL Y CIENTÍFICA

(CONTINUACION DE «EL ECO DE LA VETERINARIA»),

Organo oficial de la Sociedad Académica LA UNION VETERINARIA y de la ACADEMIA DE ESCOLARES VETERINARIOS DE SANTIAGO

Se publica tres veces al mes.—Director: D. Leoncio F. Gallego, Juanelo, 16, 2.º izquierda.—Madrid.

PRECIOS DE SUSCRICION.

Lo mismo en Madrid que en provincias, 4 rs. al mes, 12 rs. trimestre. En Ultramar, 80 rs. al año. En el Extranjero, 18 francos tambien por año.—Cada número suelto, 2 rs.

Sólo se admiten sellos del franqueo de cartas, de los pueblos en que no haya giro, y aun en este caso, enviándolos en carta certificada, sin cuyo requisito la Administracion no responde de los extravíos, pero abonando siempre en la proporcion siguiente: valor de 110 centimos por cada 4 rs.; id. de 160 céntimos por cada 6 rs., y de 270 céntimos por cada 10 rs.

PUNTOS Y MEDIOS DE SUSCRICION.

Madrid: en la Redaccion, calle de Juanelo, núm. 16, segundo izquierda. Provincias: por conducto de corresponsales, remitiendo á la Redaccion libranzas sobre correos ó el número de sellos correspondiente.

NOTA. Las suscripciones se cuentan desde primero de mes. Todo suscriptor á este periódico se considerará que lo es por tiempo indefinido, y en tal concepto responde de sus pagos mientras no avise á la Redaccion en sentido contrario.

ERRATA RIDÍCULA.

En el número próximo anterior de este periódico, plana 6.ª, columna 2.ª, al hablarse de la preparacion del espíritu de alcanfor, aparecen cambiadas las cantidades de estos dos ingredientes. Entiéndase que debe ser así:

De espíritu de vino 95 gramos.

De alcanfor 5 gramos.

Y se advierte que el autor de la fórmula rechaza-ba como ineficaz cualquiera variacion en esas proporciones.

HIGIENE PUBLICA.

No nos hacemos la ilusion de que nuestra débil voz habrá de ser oída; que en España no se oye al que dice la verdad; sino al que grita desde una posicion elevada. Sin embargo: los deberes de conciencia se imponen al escritor que no hace vil comercio de sus publicaciones, y para nosotros equivale á mandato ineludible el convencimiento que tenemos de que es desacertada y ha de ser funesta para Madrid una disposicion *sanitaria* que ha empezado á realizarse, indudablemente con el mejor deseo, pero con una inconsiderada precipitacion que no sabemos explicarnos. Nos referimos al establecimiento de un *hospital de coléricos* en el edificio que es hoy Escuela de Veterinaria.

Hemos de prescindir de lamentaciones estériles que se calificarían de interesadas, recordando las mil y más vicisitudes y tropiezos por que el Colegio de Veterinaria de Madrid viene pasando desde que, obedeciendo á motivos de alta conveniencia, se le descajó del sitio que ocupaba en Recoletos. Mas sin detenernos en este género de consideraciones tristes y de trascendencia suma para nuestra ciencia, fuerza

es condolerse de que, cuando casi por milagro divino habíamos conseguido abandonar el ruinoso y vetusto caseron de la Carrera de San Francisco (que costó á nuestra Escuela la ruina de su gabinete anatómico y un monstruoso desconcierto de su Biblioteca); ya que tan á durísimas penas, y despues de habitar durante algunos años bajo el callejon de la Peña de Francia, se habia logrado, así como por caritativa limosna, la construccion de un edificio de medianas condiciones destinado á Escuela de Veterinaria; cuando tantos afanes ha costado alcanzar eso que principiaba ya á ser algo, se nos presenta ahora en perspectiva la sospecha de que, si Dios no lo remedia, nos quedaremos otra vez sin Escuela.

La naturaleza y extension de las obras que para convertirla en hospital de coléricos están efectuándose, y la poco menos que seguridad de que para el mes de Octubre próximo no ha de haberse cantado el *Te Deum* en Madrid, deponen, por desgracia, en apoyo de que ese recelo que apuntamos no es infundado.—Sea enhorabuena. ¡En cualquiera nacion sensata, la enseñanza de la Veterinaria es mirada con seriedad y reviste proporciones dignas del importante objeto á que se consagra; en España,.... en España la Veterinaria es mirada como una especie de espantajo, y hasta pareceria de mal gusto dirigir á su enseñanza una ojeada misericordiosa. ¡Está bien!....

Empero, ¿qué razon de conveniencia, qué motivo sanitario ha podido inducir al proyecto de establecer en nuestra Escuela un hospital de coléricos?—Creemos no ser sospechosos de agitadores ó turbulentos ante los ojos de la autoridad constituida, si, protestando de nuestro respeto y de nuestra condicion pacífica, afirmamos no obstante que en esto se ha cometido un grande error, y que esa instalacion del hospital de coléricos aumenta el riesgo, ya inminente, de una calamidad desastrosa para el vecindario de Madrid.

Toda la parte de Madrid que se halla circundada

por las Rondas de Atocha, Embajadores, Toledo y Segovia, es precisamente la más á propósito para incubar é irradiar el cólera, y es, por tanto, la que más importa sanear. Bañada por el casi exhausto río Manzanares, con cementerios al extremo de sus dos alas, situada en lo más hondo, achicharrada por el sol desde que sale hasta que se pone, de población densísima y de miseria acumulada en casuchos; con sus muladares, vertederos de basura y desagüe de alcantarillas, esas condiciones de calor, suciedad y humedad, que ya por sí solas bastarían para hacer de ella un foco perenne de epidemias, acrecen con la existencia del Hospital general en un sitio donde es peligroso para la salud pública, y con el nuevo hospital de coléricos no podrán menos que elevar al *maximum* su perniciosa influencia.

Agréguese á esto la circunstancia de estar situada á algunos metros de distancia del nuevo hospital la Fábrica de tabacos, con su dotación personal de seis ú ocho mil operarias, según se nos ha dicho, y calcúlese ahora si los vientos que de ese mismo lado soplan en Madrid constantemente durante el verano darán de sí otra cosa que no sea la diseminación y riego de miasmas coléricos por toda la población madrileña.

Esto es evidente, esto lo distingue todo el mundo á simple vista; esto no exige conocimientos científicos para ser comprendido; esto es de sentido común. ¿Por qué se instala, pues, e-e hospital de coléricos en donde más daño puede hacer? ¿Por qué razón se agrava tan inconsideradamente la situación que nos amenaza y que al fin ha de venir sobre nosotros? ¿Quién ó qué corporación ha podido informar en tal sentido? ¡Y esa prensa médica, centinela avanzado de la salud de los pueblos, no halla ningún reparo que oponer á lo que se está preparandol! Y esa prensa política, tan solícita en pregonar las absurdas excelencias microbiales, ya que ahora no puede negar que tenemos el cólera en España, ¿no encontraría prudente llamar la atención de la autoridad sobre un hecho que inevitablemente ha de traer consecuencias pésimas y luctuosas?... ¡Esto da grima!

L. F. G.

ZOOTECNIA

EL PROBLEMA ZOOTÉCNICO EN GALICIA.

POR DON JESÚS ALCOLEA,

Catedrático de Fisiología é Higiene en la Escuela veterinaria de Santiago.

VII

(Conclusion.)

C —*Híbridas. Ganado mular.*—Resultado de la procreación ó cruzamiento de las dos especies anteriores, es el ganado mular; del cual existen, como es bien sabido, dos variedades, según que la cruz se efectúe entre caballo y burra y entre burro y yegua.

Abunda este ganado más que alguno otro en nuestra nación, criándose bastante en Galicia; y en todas partes es considerado como importantísimo para la Agricultura.

Nosotros, sin embargo, hemos de combatirlo en el

corto espacio que le dediquemos en estos artículos, por creerlo eminentemente perjudic al.

Con efecto: adolece este ganado, en primer término, del gravísimo defecto de ser muy caro; pues es bien sabido que en la actualidad ha llegado á alcanzar precios tan enormes que no se adquiere un par de mulas, regular nada más en conformación, de tres años cuando mucho, y de 1'50 m. á lo sumo, menos de dos mil pesetas.

¿De qué dependen estos precios tan exagerados? Muchas son las causas que, á nuestro entender, contribuyen á ello; y en la imposibilidad de entrar aquí en un exámen prolijo de todas ellas, nos reducimos á mencionar una, que si no la principal, tampoco es de las menos importantes, y pasa desapercibida generalmente: la existencia de los *maranchoneros*, nombre que reciben los habitantes del pueblo de Maranchon, todos los cuales, ó casi todos, se dedican al tráfico de mulas.

Este tráfico lo efectúan de una manera especial y que revela una vasta asociación, capitales no pequeños é instintos comerciales. Dan á los labradores el ganado fiado, por los plazos que el comprador quiere estipular; con la particularidad de que si en alguno de los plazos marcados no les pueden abonar la cantidad convenida, toman lo que se les dá ó no toman nada, y sin apurar nunca á sus deudores, conceden la próroga que se les pide. De esto resulta que como los labradores en general no pueden disponer, en un momento dado, del capital necesario para comprar un par de mulas; y como sin estas no pueden pasar, so pena de arruinarse, compran á los *maranchoneros*, que, naturalmente, dan su ganado á un precio mucho mayor del que realmente tienen, obteniendo así un rédito que es su ganancia; y no pueden comprar á los ganaderos ó gitanos ricos, que les darían más barato el ganado, pero exigiéndoles el pago al contado, ó, cuando más, en dos plazos, pagados uno en el acto y el otro á los cinco ó seis meses; pasados los cuales los apremian sin concederles otro nuevo.

Añádese á esto que los *maranchoneros* compran sus mulas *lechares* aquí y allá, en España y en el extranjero, para criarlas, haciéndolo de preferencia en el valle de Andorra; por cuyo motivo el ganado resulta desigual, basto, de temperamento linfático, propenso á muchas enfermedades y vicios de conformación, á lo cual contribuye no poco que las venden demasiado jóvenes (de dos años á dos y medio, ó tres á lo sumo), haciéndolas trabajar mucho antes de su completo desarrollo, lo cual hace que se arruinen pronto y su vida sea corta. Y como el ganado español es más fino, mejor conformado, más valiente y, en una palabra, de mejores cualidades y condiciones, sube de precio más y más á medida que aumenta el comercio de los *maranchoneros*; dando á su vez por resultado que estos compren más ganado en el extranjero, porque allí lo encuentran con mayor economía, y que de día en día se extienda y prospere su industria.

Ahora bien: digásenos si en doce ó trece años que á lo sumo puede aprovecharse un labrador de un par de mulas (sin contar con los accidentes y enfermedades), le dejarán mucha ganancia, costándole dos mil pesetas y habiendo de añadir á esto los gastos de alimentación, que no entran por poco, pues el ganado mular come mucho y alimentos caros. Así

es únicamente como se comprende, que la gran generalidad de los labradores españoles estén siempre empeñados ó alcanzados, pues apenas concluyen de pagar un par de mulas, cuando ya tienen que comprar otro nuevo.

Esta es la verdad desnuda, por más triste y desconsoladora que parezca.

Pero tiene aún otro defecto el ganado mular, mucho más grave que su carestía, y al cual se debe, en gran parte, la ruina que produce en el labrador: su esterilidad.

Tanto los hechos fisiológicos como los datos históricos, nos inducen á creer que esta esterilidad no data del origen de este ganado; sino que ha sido determinada por la mano del hombre, merced al desuso continuo de una función que le perjudicaba, ó creía perjudicarle, en sus intereses (cual lo demostraríamos á no ser impropio de estos artículos). Es más: esos mismos principios y leyes biológicas, unidos á los casos recogidos de fecundidad accidental, hacen suponer con fundamento que, con ciencia y constancia, podría devolverseles la función perdida.

Mas como quiera que sea, lo cierto es que la infecundidad existe desde tiempo inmemorial: que sería muy difícil y costoso hacerla desaparecer; y que ella hace que ese ganado no dé otra ganancia al labrador que su trabajo corporal: en tanto que otros animales le proporcionan al mismo tiempo carnes, leches, lanas y animales hijos suyos.

No nos detendremos más en esta cuestión. Lo compendiosamente expuesto, es suficiente para que, á poco que sobre ello se reflexione, se comprenda con cuánta razón y justicia pedimos que el ganado mular sea sustituido con urgencia en las faenas agrícolas por otro que cueste menos, produzca más y sirva como él para desempeñarlas; pues en tanto que así no se haga, la miseria será la compañera inseparable del labrador. (Esto no obsta para que reconozcamos en dicho ganado algunas cualidades de primer orden; pero insuficientes para vencer á las malas).

Los animales que pueden sustituir á la mula son dos: el buey y el caballo. ¿A cuál daremos la preferencia? Al ganado caballar, por muchos conceptos: 1.º El ganado vacuno, según demostraremos al hablar de él, tiene mucha más cuenta dedicarlo á la producción de carnes y á la de leches, según se trate de machos ó de hembras y las condiciones que estas tengan: 2.º Ambas producciones son incompatibles con el trabajo: 3.º El trabajo que con ellos se efectúe ha de ser precisamente muy lento, por su conformación y caracteres; lo cual es un gravísimo defecto para la Agricultura, que requiere, hoy más que nunca, labores rápidas y continuas: 4.º El ganado caballar reúne estas condiciones, y en él, no es incompatible el trabajo agrícola con su otro género de producción: la cría de animales de su especie. Será, pues, el ganado caballar, y en él preferentemente las hembras, el que debe sustituir al mular en las faenas agrícolas á que éste está hoy dedicado, casi en su totalidad; cosa que ya han comprendido en el extranjero, donde crían mulas, sí, pero no con objeto de aprovecharse de su trabajo para los procedimientos agrícolas, sino de venderlas.

Una buena yegua de vientre, de perfecta conformación y de 1,45 m. á 1,55 m. de talla, cuesta hoy,

por término medio, 500 á 700 pesetas; es decir, que con el precio de un par de mulas, pueden comprarse tres ó cuatro yeguas.

Supongamos que se compran sólo tres, y que el exceso de coste que habría de resultar á comprarse mulas, está compensado por el mayor gasto de alimentos (que siempre es poco, pues el ganado caballar come menos que el mular). Desde luego tendremos la ventaja de un tiempo mayor de aprovechamiento del capital invertido, toda vez que el ganado caballar tiene más larga vida; y si bien su trabajo no es tan enérgico ni sostenido, tenemos tres animales en vez de dos y podemos hacerles alternar en el trabajo, compensando así el defecto de energía; que, por otra parte, no es tan considerable que llegue á una mitad, ni aún al tercio.

Pero donde resulta la enorme ventaja que tiene el ganado ecuestre sobre el muleño, es en el ejercicio de la función reproductora, que al segundo le falta ó no se verifica.

Está hoy perfectamente demostrado, científica y prácticamente, con efecto, que las yeguas preñadas pueden trabajar hasta los últimos meses del embarazo, siempre que este trabajo sea moderado, y que se les prodiguen buenos cuidados y un régimen apropiado; es más: que no sólo no perjudica para la gestación y desarrollo fetal, sino que los favorece. Luego podremos, por lo menos, hacer procrear y tener siempre llenas dos de las tres yeguas: lo cual determina para el dueño, á contar desde el segundo ó tercer año, la ganancia anual segura, de una cantidad con poco equivalente al valor de las yeguas; de donde resultará la pronta y rápida amortización del capital invertido en estas; y desde el 6.º año, á lo sumo, toda la ganancia que proporcionen con su trabajo y crias, será libre (partimos del supuesto de que se siga el sistema de monta *anual*, que es el aceptado en la actualidad casi generalmente, ó, cuando más, para una yegua el *anual* y para otra el llamado de *año y vez*) siempre alternando entre las tres.

Véase, por tanto, según lo expuesto, si se irrojan perjuicios al agricultor por la desatendida importancia y preferencia que concede al ganado mular para sus faenas; y si es preciso reemplazarlo por otro. Por eso nosotros no podemos dejar de aconsejar, en bien general, que no se fomente su cría en Galicia.

(Continuará.)

FISIOLOGIA.

De la calorización.—Por U. Z.

Es la facultad propia y exclusiva de los animales, de producir calor por sí: de constituirse en hogares animados por el juego armónico de los órganos, mediante la acción continúa de la vida.

La calorización es el principio general de vida que caracteriza á los animales: es la suma de todas las fuerzas de la economía y el origen de esas fuerzas.

Producir el calor es vivir.

La calorización empieza en el descenso de la célula germinativa del ovario á la matriz ó á un huevo, y termina después de muerto el animal.

El origen de la dinámica del calor orgánico está oculto en el fondo de los grandes misterios de la economía.

Los animales desarrollan calor, que funden en su cuerpo y desprenden por todas sus superficies, en contacto con el medio ambiente en que viven.

I.

Calórico.

Segun la mayor parte de los físicos, el calórico es un fluido universalmente repartido, que ni es cuerpo ni deja de serlo, cuya sutileza es tal que ni puede pesarse ni medirse, y por tanto ha sido llamado fluido, como la luz, como la electricidad, como el magnetismo, y de él, como de los demás fluidos, se ha dicho que era imponderado é incoercido.

Hoy la ciencia moderna, ilustrada por los famosos sabios M. Mayer y el P. Secchi, proclama la unidad de las fuerzas físicas.

Aunque esto sea una teoría, pues las causas finales de las manifestaciones de la naturaleza son y serán perpetuamente desconocidas, al hombre, explica, mucho mejor que las hasta el día inventadas, multitud de fenómenos que en los cuerpos se verifican constantemente.

La materia, es decir, lo oculto, lo intangible, lo misterioso, lo que origina los cuerpos, se agita perpetuamente por disposición sapientísimamente del Supremo Hacedor.

La materia vibra; y segun son rápidas, numerosas é intensas estas vibraciones, así el calor se hace perceptible, se condensa, da, en fin, las combustiones; así tambien la luz aparece, la electricidad, el magnetismo se conocen.

No hay calórico solo, ni luz sola, ni electricidad sola, ni magnetismo solo.

La materia está en perpétuo movimiento; se agita por la atracción, por la afinidad, fuerzas inmensas que originan cambios en los estados de los cuerpos, cuerpos que no son más que materia condensada: toda variación térmica, significa variedad de volumen en los cuerpos, y esto no se realiza sin movimiento.

Y del mismo modo que los cuerpos cambian de forma sin que la materia crezca, sin que la materia mengüe, así tambien las manifestaciones de la materia cambian; pero no desaparecen: nada se crea, nada se pierde, existe el movimiento y existen fuerzas transformadoras que á su vez se transforman.

Algo más sutil que los gases más sutiles; algo que ni se ve, ni se toca, ni se percibe por conducto de los sentidos, ocupa los espacios de la naturaleza y destruye el vacío; y ese algo es el éter que trasmite las oscilaciones perpétuas de la creación, que demuestra la actividad de la materia, cuyas vibraciones, segun sean en sentido longitudinal ó transversal, con rapidez increíble ó más lenta producidas, se llaman sonido, calor, luz, electricidad ó magnetismo.

Y como el movimiento jamás se anula, las fuerzas que le determinan no fenecen, se transforman; de aquí que el sonido puede cruzar el espacio con rapidez vertiginosa, y que el calor se convierta en luz, la luz en calor, y que los colores sean la suma de vibraciones representadas por enormes guarismos, y la electricidad y el magnetismo obedezcan á la transformación proteiforme de un solo factor, éter en movimiento, materia que vibra.

Así se explican fenómenos hasta ahora desconocidos.

Así tambien se adivina el presentimiento de los sabios cuando afirmaban que los orígenes del calor eran mecánicos, físicos, químicos y fisiológicos.

Porque si la percusión de una chapa con un martillo produce calor capaz de abrasar una mano, calor que puede originar combustión; si la dirección de los rayos solares puede ser causa hasta de un incendio, lo mismo que el rozamiento; si la intensidad de una combinación puede dar, desde el gas del alumbrado, que quema y que ilumina, hasta la dilatación de una retorta, que estalle en pedazos, así tambien el animal puede darnos á conocer desde el calor que representa la actividad de la vida hasta el urente que marca la intensidad de la fiebre.

¿Qué era ese calor antes?

Un pedazo de hierro, un cilindro de madera, un poco de carbon de piedra, materia cósmica ó planetaria, gases separados, esqueleto, músculos, nervios, vasos, cuerpo de un hombre ó de un animal.

¿Por qué se ha revelado el calor?

Por el movimiento, por las fuerzas de afinidad, de atracción que, en vez de gastarse, se han transformado en movimiento, y éste en luz, electricidad y magnetismo, círculo eterno que la materia recorre, que el éter presenta, hoy los mismos que en el primer día de la creación universal, mejor dicho, ambos factores, uno mismo, la materia, dotada de movimiento que se descompone, que se metamorfosea, pero que jamás desaparece, porque el día que ese movimiento se anule en absoluto, á la dinámica de la vida general, en toda la naturaleza sucederá una estática, que cambiará por completo y en absoluto el modo de funcionar de los mundos inorgánico y orgánico.

Por esto, en los animales, la resultante de las fuerzas representadas por la digestión, respiración, circulación y todas las funciones de generación, nutrición y relación, es calor, el cual se transforma en esfuerzos, en actos gimnásticos, en trabajo cerebral, es decir, en movimiento, sin que por esto los animales cambien de esencia, de forma, de aspecto, de organización en fin.

II.

Calor animal.

Los animales son máquinas dotadas de movimiento constante que producen, constantemente tambien, una cantidad mayor ó menor de calor, que constituye la temperatura de los cuerpos vivos.

La facultad de producir calor es aneja á todos los seres de la escala zoológica y se refleja en los vegetales tambien.

Esta facultad, que se revela desde el momento en que los individuos se organizan, ya por el calor que consumen, ya por el que originan, contenidos en una cavidad ó en un huevo, es debida á causas que pronto examinaremos, pero existe en todos los seres organizados.

Las denominaciones, animales de sangre caliente y de sangre fría, son defectuosas y pueden inducir á error, tomadas en la acepción literal de la frase.

Podría calificarse con más exactitud, hasta donde es posible, de animales de temperatura constante y de temperatura variable.

Aun así la calificación sería defectuosa.

El calor animal está en relacion con la actividad de vida del individuo, más claro, con el movimiento de los órganos de los tipos, las clases y hasta de los individuos.

Mientras en los mamíferos y las aves, los grandes centros orgánicos, las grandes ruedas de la máquina animal son dobles, y los resortes de la misma numerosos, produciendo la ordenada division del trabajo funcional multitud de depósitos de calor, de focos de temperatura, en los reptiles en general, en los anfibios, peces, moluscos y articulados y en los zoófitos, en quienes la simplificación orgánica tiende á la unidad celular constitutiva, se ven decrecimientos de temperatura por defecto de trabajo orgánico, esto es, movimiento considerablemente disminuido, vibraciones en pequeño número.

Corazon doble, pulmon doble, sistema nervioso concentrado, piel flexible y porosa, epidermis que pronto se renueva, ó cuyas producciones son tubiformes, ligeras y más ó menos ramificadas, son, entre otras, condiciones que favorecen un desarrollo notable de calor, y esto se observa en los mamíferos y aves, cuyo corazon es doble, pulmonar y doble la respiracion, condensado el nervioso sistema, fina y elástica la piel ó cubierta de plumas.

Los reptiles, los anfibios, los peces, los moluscos, los articulados y zoofitos producen menos calor, ya por las diferencias anatómicas que respecto á los mamíferos y aves los caracterizan, ya tambien por la respectiva simplicidad de órganos que en los mismos se observa, lo cual significa simplicidad funcional, y por esto tambien vida más difusa, tendencia á la regeneracion de partes de la economía desprendidas, hasta propagarse por gemas ó division de masa.

Todos los animales desarrollan una cantidad de calor que forma su temperatura propia: si la actividad funcional es intensa, el calor producido es mucho y resiste con facilidad el individuo los medios negativos que el ambiente externo presenta y producen desequilibrios movibles en la temperatura exterior, reflejo de la interior: esto ocurre á los seres llamados de sangre caliente: si se observa lo contrario, entonces se califica á los animales como de sangre fria.

No porque la sangre de los últimos sea fria, sino porque las vibraciones orgánicas de los mamíferos y aves son más intensas y regulares que las de la atmósfera, en cuyo caso el desequilibrio de temperatura es menos rápido en los vivíparos y aves, presentándose más acentuado en los demás seres de la escala por defecto de movimiento orgánico, por falta de vibraciones rápidas, continuas y sostenidas.

(Continuará).

REMITIDO

Sr. D. Leoncio Francisco Gallego.

Muy señor mio y distinguido amigo: Me ha llamado muchísimo la atención un escrito que sobre un hecho clínico, que por ser tan confuso ni yo ni otros hemos podido comprender, y que, suscrito por don Joaquín Marqués y Sitjar, vecino de Peratallada, partido de La Bisbal, provincia de Gerona, dirigió este al Sr. Director de la Escuela Veterinaria de

Madrid, y tuvo á bien V. insertar en el periódico número 995 de LA VETERINARIA ESPAÑOLA, del que es V. dignísimo Director.

En las apreciaciones y comentarios que V., señor Director, hace del tal escrito, califica de una manera muy dura á las autoridades civiles y profesionales de Gerona y de este partido de La Bisbal, censurándolas porque toleran y no persiguen tales abusos. Como subdelegado de este partido véome, pues, tambien obligado á ocuparme del referido escrito.

Permitame le diga, Sr. Gallego, que ha sido usted desacertado y ha obrado un poco de ligero al calificar del modo como lo hace á las autoridades de esta provincia y de este partido, pues que, muy amantes de cumplir lo que se les tiene sometido, no toleran y sí castigan, siempre con arreglo á las leyes, todos los casos de intrusion y demás abusos que se les denuncian, con tal queden bien justificados; y en prueba de ello, voy á citarle un hecho bien público y notorio, y que por ser muy reciente, es sabido de todos los profesores veterinarios y demás personas de importancia de esta comarca.

Este hecho de intrusion, que, como he dicho, es reciente, ha sido cometido por ese mismo Marqués y Sitjar, autor del citado escrito, pues, por ser tan atrevido y extraordinariamente osado, se permitió el día 1.º de Mayo próximo pasado y día de feria, en su pueblo, practicar reconocimientos de sanidad en los parajes más públicos, lo que visto por muchísimas personas y por veterinarios que allí habian acudido, fué denunciado á esta Subdelegacion, y de esta al Sr. Gobernador de la provincia, cuya dignísima autoridad le impuso la multa de 25 pesetas, sin perjuicio de poner la denuncia en conocimiento del Juzgado correspondiente si en lo sucesivo no se abstiene de ejercer la profesion, ya que no está autorizado.

Ya vé, pues, Sr. Gallego, que las autoridades, en lugar de ser indiferentes, vigilan y castigan los abusos que se les denuncian. Si no lo hicieron con aquel que fué objeto del escrito del Sr. Marqués, fué por ignorarlo, habiéndoseos dicho varias veces, que, si bien visitaba, lo hacia en compañía de su padre, que es Albeitar herrador, y bajo la responsabilidad de éste.

De lo demás del remitido no me ocuparé. Ya habrá quien con más conocimiento lo hará detenidamente.

Entonces veremos qué quedará de ese pomposo escrito y de las alabanzas que el Sr. Marqués se prodiga á sí mismo, propio esto sólo de personas ignorantes, y si se ocupan en algo de su persona y vida, que ha sido muy azarosa, entonces conocerán lo que es el firmante del escrito. Le hablarán de cuando iba á la escuela libre de Barcelona, de cuando fue alumno de la oficial de Zaragoza, de la que fué expulsado, no sé si por inaplicado ó por cosa más grave.

A todo esto se ha expuesto el que, ignorando los primeros rudimentos de la enseñanza veterinaria, habla de cosas que no comprende, dándose él mismo á conocer como uno de los que más se dedican á los adelantos de la medicina veterinaria: siendo así que tiene mucho que estudiar y que aprender para lograrlo.

Para mí, el objeto de su escrito no ha sido otro que ver si por este medio, haciéndose persona importante, podia alcanzar un permiso que le concedie-

se poder continuar, como hasta ahora ha hecho, el ejercicio de esta profesion, no siendo más que un aventurero, oprobio de la Veterinaria en este pais.

He concluido todo cuanto podía y debia decir sobre este asunto: mi objeto principal ha sido defenderme del cargo que se me hacia, de no cumplir bien mi cometido como á subdelegado de Veterinaria.

Me haria V., Sr. Gallego, un obsequio grandísimo si hiciera insertar este comunicado en su apreciable periódico LA VETERINARIA ESPAÑOLA. Y le quedará sumamente agradecido este su afectísimo amigo y S. S. Q. B. S. M.—Eudaldo Mensa.

La Bisbal 27 Junio de 1855.

CONTESTACION.

No discutamos, Sr. Mensa. Sabe Vd. cuánto le aprecio, cuán grande es el respeto que le tengo, y de ninguna manera he de dar margen á que por mi contestacion se considere Vd. ofendido. Si una intemperancia de presuncion científica en el Sr. Marqués y Sitjar ha venido á poner de manifiesto que lleva él ya bastante tiempo de práctica, que ha hecho infinidad de curaciones, etc., etc., esto (á menos de que fuera falso) implica la pasividad de las autoridades que lo han tolerado: única calificacion ó censura que hice al comentar el escrito del Sr. Marqués y Sitjar, y que no me parece dura ni estampada con ligereza, como tampoco habrá de parecerle á nadie. Vuélvase á leer la confesion de vida profesional intrusa que el mismo Sr. Marqués y Sitjar ha hecho, y dígame despues si hay ó no en ello aquiescencia ó falta de vigilancia, ó como quiera llamarse al consentimiento de tales y tan repetidos hechos. Y si alguien dudare de la extension que tienen los deberes de las autoridades, sin entrar en consideraciones sobre los que son inherentes á los alcaldes y empleados de la administracion económica, sírvase fijar su atencion en estos dos puntos copiados del Reglamento de Subdelegaciones vigente:

“Las obligaciones de los Subdelegados de Sanidad, son:

1.^a Velar por el cumplimiento de las disposiciones sanitarias.

2.^a CUIDAR de que ninguna persona ejerza el todo ó parte de la ciencia de curar sin el correspondiente título.”

No discutamos, Sr. Mensa. Si las palabras *pasividad y tolerancia* empleadas por mí parecen duras, sustitúyaslase con otras que no ofendan, pero que signifiquen la impunidad con que el Sr. Marqués y Sitjar ha estado ejerciendo la medicina veterinaria, á ser cierto lo que él mismo dijo. Y en todo caso, señor Mensa, no vea Vd. nunca en mí la intencion de lastimarle.—L. F. G.

VARIEDADES

La campaña contra el cólera.—Historia de tres epidemias.—Extracto de una carta del Excmo. Sr. D. Segismundo Moret y Prendergast, publicada en el diario político «El Imparcial.» (1)

Antecedentes.

Tres grandes epidemias de cólera registra Madrid: las de 1834, 1855 y 1865. El número total de victi-

(1) El grandísimo interés que en los momentos actuales ofrece para toda España la cuestion epidémica, nos ha movido á insertar en este periódico, casi íntegra, la muy notable carta del Sr. Moret. Prometi-

mas por ellas causadas se encuentra en el siguiente estado, en el cual va indicada tambien la cifra de la poblacion en esas diferentes épocas:

Años.	Duracion de la epidemia	Defunciones	Habitantes de Madrid
1834	15 Julio á 15 Setiembre.	4.423	222.253
1855	Abril á Octubre.	3.986	281.170
1865	15 Agosto á 15 Noviembre.	2.869	287.352

Comienzos de la epidemia.

En ninguna de las fechas indicadas, la epidemia se presentó súbitamente en Madrid. Segun los antecedentes relativos á la de 1834, conservados en el archivo de Gobernacion, ya en 28 de Junio habia sido acordonado Vallecas, y desde el 30 del mismo mes, estaban preparadas contra el cólera las autoridades de la capital. A principios de Julio apareció en Arganda del Rey, Morata y Leganés, pero Madrid continuó inmune hasta la entrada de las tropas de Reding, la víspera de Nuestra Señora del Carmen.

En 1855 el cólera habia empezado en realidad en Setiembre del año anterior, y aun puede decirse que no desapareció desde entonces, puesto que en fin de Diciembre quedaban enfermos en el hospital de San Jerónimo, y en Enero se registró todavía alguna defuncion causada por el cólera. Nada, pues, tuvo de extraño que reapareciese en Abril y que siguiese ya una marcha ascendente hasta culminar en Octubre.

En cuanto á 1865, los hechos son aún más elocuentes. A pesar de que la poblacion lo ignoraba, pues se le ocultó cuidadosamente el estado de la salud pública, el cólera hizo ya 44 victimas en Agosto y 484 en Setiembre; de suerte que, cuando estalló en la noche del 6 al 7 de Octubre, su estallido sorprendió tan sólo al vecindario, porque ni las autoridades ni los facultativos encargados de los hospitales ignoraban la progresion con que la enfermedad venia desarrollándose. Además, la estadística hace ver con entera claridad que el germen colérico se estuvo formando y preparando, por decirlo así, en una serie de focos, perfectamente determinables por el número de defunciones, en ciertos barrios de las parroquias de San Andrés, San Lorenzo y San Millan, á las cuales, y al Hospital general, corresponde la mayor parte de las 484 registradas en Setiembre. Y si se agrupan los barrios, calles y casas en que aquéllas ocurrieron, aparece con claridad evidente que los focos se fueron formando lenta pero pertinazmente en aquella hondonada que corre desde la Puerta de Atocha á la de Toledo, á la cual no llegan los miasmas del Norte, pero que en cambio recibe los miasmas de la region del rio y de las salidas de las cloacas, emanaciones temibles siempre, pero más amenazadoras en la estacion de otoño, en que con el viento SO., principian las brisas saturadas de humedad. Basta para probarlo, citar las calles que más sufrieron: Meson de Paredes, Toledo, Salitre, Santa Isabel, carretera de Valencia, Comadre, Embajadores, Peña de Francia, Ribera de Curtidores, Aguila y Arganzuela. Pero no sólo es de notar este desarrollo y procreacion del

mos ir dando á luz en «La Veterinaria Española» todo cuanto acerca del cólera fuera digno de ser conocido; y así lo cumpliremos, en la esperanza, ó al menos en el deseo de que nuestra tarea no ha de ser infundada.

gérmen colérico, sino otra coincidencia más extraña aún: la de que las calles correspondientes á las parroquias de San José, San Martín, San Sebastián y San Luis, donde en Setiembre ocurrieron ya varias defunciones, fueron despues las más castigadas, como si la epidemia hubiera ido preparando de antemano con sus huellas de muerte el camino de la fatal corriente que en la noche del 6 al 7 de Octubre recorrió la población en dirección de S. á N.

Y es todo esto tan digno de observacion, que si sobre el plano de Madrid se traza por días y por defunciones la marcha de la epidemia, resultan dos líneas que, arrancando de un punto situado hácia la fábrica de tabacos, siguen, una por las calles de Santa Isabel, Leon y Turco, y otra por la de Cañizares, San Sebastián y Gorguera, abrazando entre las dos el espacio comprendido entre las de Fuencarral y Barquillo, que corresponden á las tres parroquias mencionadas, y que fué teatro de la desolacion de Octubre.

Intensidad y marcha del cólera.

Otra observacion importante, aún cuando ya conocida, es la relativa á la intensidad de la invasion. Corresponde el mayor grado de ésta, no sólo á su primer período, sino á la energía con que se presentan los primeros casos; y en ninguna parte se ve esto con mayor claridad que en la notable Memoria que la junta municipal de Madrid, en la cual figuraban, entre otros, los doctores Seco Baldor, Benavides y Viñals, publicó á raíz de la epidemia de 1854 y antes de empezar la de 1855. En ella se hace constar que de 172 atacados fallecieron 126, curándose 36 tan sólo, é ignorándose el desenlace en diez casos. La proporción, pues, fué de 74 por 100, cifra que explica la duración y la persistencia de la epidemia en el siguiente año, en el cual, habiendo empezado en Abril, afluó durante siete meses á la capital de España.

· Igual observacion se deduce de los datos de 1834 y 1865, pero de unos y de otros, y de cuantos pudieran reunirse, aparece que la proporción entre los atacados y los muertos en la primera época de una invasion, indica con cierta seguridad la intensidad de la amenaza. Toda epidemia mortífera, en los primeros momentos, no se limita á unas pocas víctimas; por eso la benignidad con que se inició en París el año último, permitió á los médicos tranquilizar al vecindario. Conocer y estudiar, pues, esa proporción, interesa á la administracion, cuyos esfuerzos han de ser iguales á la energía del enemigo que trata de combatir.

· Pero si en lo dicho poco nuevo ofrecen las cifras, su enseñanza se hace valiosísima cuando se clasifica y analiza la condicion social de las víctimas. Dicese vulgarmente, y esta opinion ha llegado á ser corriente, que el cólera sólo ataca á los débiles, ensañándose, principalmente, en los ancianos, las mujeres y los niños. Pero esto sólo es verdad en los primeros momentos de la epidemia. Sus gérmenes, cuando no son traídos por una masa humana, llegan á las poblaciones como debilitados, y parece como que sólo tienen fuerza para descomponer los organismos endebles, y aún estos, en aquellos puntos donde la suciedad y la miseria les ofrecen terreno dispuesto para su nutricion ó le entregan víctimas desprovistas de los medios para resistirlos. Pero des-

pues de estos primeros momentos, si se les deja robustecerse y fortalecerse, formar sus focos y multiplicar sus centros, entonces las cifras demuestran que no hay edad, sexo ni condicion social que escape á su accion.

La estadística detallada por edades, profesiones, estado social y hasta por habitaciones, de los que sucumbieron en los tres años citados, demuestra palpablemente que, una vez desarrollada la epidemia, la *pálida mors* recorre las poblaciones con aquella implacable igualdad que ya cantó Horacio, y que pintó despues Holwein. El cólera empieza siempre en la bohardilia y en el sótano, en el barrio pobre y en la casa de vecindad del distrito abandonado; pero cuando ha logrado la robustez necesaria para propagarse, parece casi que busca de preferencia á los que suelen llamarse clases acomodadas. Hasta la diferencia entre varones y hembras, tan marcada en los primeros momentos de la epidemia, desaparece al final de ella. Decir, pues, con imperdonable egoísmo, que el cólera es una enfermedad de los pobres, es preparar á las clases acomodadas una lección dolorosa.

El cólera y las demás enfermedades.

También demuestran las cifras la falsedad de otra creencia bastante generalizada. Suele decirse que durante las invasiones de cólera desaparecen las demás enfermedades, y eso tampoco es exacto. En 1855 la mortalidad causada por las enfermedades ordinarias durante los seis meses de epidemia, fué próximamente de 6.500, aún cuando la del cólera fué sólo de 3.986. En los cuatro meses del período colérico de 1865 fallecieron de enfermedades comunes 4.549 habitantes, y del cólera 2.869. Y si se toman las cifras totales de la mortalidad en estos dos años, se las encuentra aumentadas del número de las víctimas de la epidemia.

Lejos, pues, de disminuir, puede decirse que las causas constantes de la mortalidad se agravan al contacto de la epidemia.

Observaciones especiales.

En las tres invasiones del cólera han sido casi los mismos barrios los que han sufrido los rigores de la epidemia, aún cuando ofreciendo alguna diferencia curiosa.

En 1834, la parroquia de San Martín fué la más castigada, siguiéndole en orden San Luis, San José, San Sebastián, San Millán y San Andrés. En 1855, aún cuando la epidemia tuvo un carácter muy general, y duró sobre todo muchos meses, también San Ildefonso, San Millán, San Ginés, San Sebastián, San Andrés y San José fueron las más castigadas; y en 1865, San Lorenzo, San Millán, San Andrés, San Sebastián y San José aparecen las primeras en la lista; pero esta vez con una grandísima diferencia con las demás parroquias.

Cierto es que algunas de aquellas son las más populosas, pero aún teniendo en cuenta ese dato, todavía el estudio de los barrios y calles más castigados ofrece coincidencias que pueden servir de guía á la Administracion para las invasiones futuras.

En 1855, como en 1865, la mortalidad mayor ocurrió en el mes de Octubre, pero en ninguna de las dos se aproximó á la de la primera invasion.

En 1834, un solo día, el 19 de Julio, registra 335

defunciones; desde esta fecha la enfermedad se mantuvo estacionaria cinco ó seis días, aunque extendiendo su accion á toda la villa; empezó despues á descender, y ya el 6 de Agosto sus victimas fueron sólo 100, extinguiéndose despues lentamente y sin recrudescencia alguna.

En 1855, el día peor, fué el 11 de Octubre, en que sucumbieron 192 personas; y en 1865, el 8 del mismo mes, en que fallecieron 177, despues de cuyo día empezó á descender la mortandad hasta el 20, en que la enfermedad se recrudesció durante una semana, extinguiéndose despues rápidamente.

En ninguna de las tres épocas, el verdadero período álgido del cólera fué de larga duracion. En 1834, en realidad, lo fué de veinte días; en 1855, á pesar de lo prolongado de la epidemia, la invasion no puede decirse tuviera constantemente la misma intensidad: en Mayo causó, por término medio, 12 victimas diarias; en Junio menos de seis; subió á 22 en Julio, y á 26 en Agosto, descendiendo algo en Setiembre para elevarse á más de 52 en Octubre, que fué el verdadero mes de la epidemia.

Por último: en 1865, el período real de la invasion fué del 6 al 27 de Octubre, con la alternativa y cambio de parroquias ya indicados. Este cambio coincidió con la aparicion de los vientos del Norte, que limpiaron casi por completo los distritos altos y arrojaron otra vez los gérmenes sobre los barrios bajos, como vulgar, pero gráficamente se los llama.

Tambien es coincidencia digna de ser notada que en los momentos de la invasion las aglomeraciones de gente parecen atraer los efluvios del contagio. En los días 6 y 7 de Octubre de 1865, las Provisiones Militares, la Escuela Pia de San Fernando, el Asilo de San José en la calle de Hortaleza, el Saladero y todos los conventos de monjas situados en la zona invadida (las Góngoras, San Fernando y Santa Teresa) fueron atacados con extraordinaria violencia. En el Saladero hubo en tres días 65 atacados, de los cuales sucumbieron 20. De las niñas del Asilo de San José, aún cuando enviadas á sus casas á los primeros sintomas, varias murieron en ellas. Y el convento de Santa Teresa fué teatro de la escena más terrible que registra la historia de aquella epidemia: de 16 monjas que tenía la comunidad, 12 sucumbieron entre el 6 y el 10 de Octubre, falleciendo tambien un sirviente de la iglesia y un infeliz que mendigaba á la puerta del convento. ¡Llor eterno á la vieja hermana de la Caridad y á los dos venerables sacerdotes que, encerrándose en aquel foco de muerte para mitigar tanto infortunio, dieron ignorado, pero sublime ejemplo de valor y abnegacion cristiana!

Consecuencias

La lectura de las anteriores observaciones, parte pequeña aunque importante de lo que arrojan los datos recogidos, sugiere tres enseñanzas de especial valor para los momentos actuales.

1.^a Es un hecho averiguado y cierto que el cólera no se presenta jamás de improviso. Una autoridad atenta y previsora lo siente acercarse, lo vé aparecer y puede por su marcha y por su intensidad apreciar con cierta seguridad la extension del ataque que amenaza á los habitantes encomendados á su cuidado. Ahora sabemos que en Tolon y en Marsella se habia anunciado nada menos que en el otoño de 1883, y que, por no hacer caso del aviso, sufrieron

tan terrible castigo aquellas dos poblaciones. Y siendo esto cierto, puede tambien asegurarse que cabe disminuir, y algunas veces hasta impedir, su explosion mortífera. El ejemplo de 1834 no tiene realmente aplicacion á los momentos presentes. Cuando el cólera viene traído por un cuerpo de ejército, no hay más remedio que resignarse á recibirlo. A este caso debe aplicarse el axioma de Mendez Alvaro: "el cólera va adonde lo llevan y al paso que lo conducen."

Pero los ejemplos de 1855 y 1865 son concluyentes.

La gran asistencia médica, y los cuidados con que se atendió á los coléricos en el otoño de 1854, previnieron ciertamente el estrago del año siguiente y hacen honor á las autoridades de aquel tiempo, en el cual, sin embargo, no se conocian ni los medios ni las enseñanzas que hoy tenemos á nuestra disposicion. En cuanto á 1865, nadie que estudie las cifras que quedan apuntadas podrá desprenderse de la idea de que Madrid pudo libertarse de la terrible explosion que costó más de 2.000 vidas.

Porque resulta además de todo lo dicho que la accion individual y la higiene, así como la asistencia al enfermo, tienen sólo un valor relativo. Puede decirse que todos estos medios son como las ambulancias en un campo de batalla. Gracias á ellas, á la habilidad de los médicos, á la bondad de los medicamentos, á la abnegacion de las hermanas de la Caridad, se pueden salvar algunas vidas y disminuir muchos sufrimientos, como tambien la higiene y las costumbres morigeradas pueden prevenir muchos ataques individuales ó aminorar sus efectos.

Pero todo esto viene, por decirlo así, *a posteriori*, y no evita ni impide la invasion del cólera, el cual, lo mismo que la invasion de un ejército enemigo, sólo puede contrarrestarse por las fuerzas totales de un pueblo, esto es, por su administracion: al poder, en cualquiera de sus formas, corresponde, pues, el salir al frente del cólera y perseguirlo donde quiera que se presente é impedirle formar focos, ni recriarse en parte alguna, y además, y sobre todo, á él le toca robustecer moral y físicamente las poblaciones contra el terrible enemigo. Así lo hace París, así lo hace sobre todo Londres, y por eso, aún cuando el cólera se ha presentado varias veces en estos últimos años, en el corazon mismo de la gran metrópoli inglesa y en sus barrios más miserables, ha sido arrojado de ellos con una energía, una rapidez y una inteligencia que explica y justifica la tranquilidad con que los ingleses miran esta epidemia.

Por eso París, que empleó el año pasado igual sistema, se vió libre del cólera, y cuando al fin estalló en Noviembre, su explosion, no encontrando focos preparados ni elementos simpáticos á su accion mortífera, fué verdaderamente insignificante, sin más excepcion que la del Asilo de Ancianos y de las Hermanas de los Pobres; y por eso, si Madrid en 1865, hubiera empezado desde el mes de Agosto á practicar ese sistema, y se hubiesen redoblado sus energías en Setiembre, es seguro que la noche del 6 al 7 de Octubre no habria marcado con su terrible huella tantas casas de los distritos más ricos y más sanos de Madrid.

(Concluirá)